

## POLITICA SOCIAL

David Ibarra  
3 de mayo de 2007

En el discurso político se valida el fortalecimiento de instituciones sociales proclives al desarrollo, a la modernización política y a la observancia de los derechos humanos. Progreso económico, democracia y equidad se consideran los pilares constitutivos, imprescindibles, de la vida civilizada de los países.

En ese tenor, a la política social no se le atribuye como único objetivo aliviar la pobreza, sino también reducir los riesgos que enfrenta la población. De ahí los sistemas de pensiones, el seguro al desempleo y a la enfermedad. Aquí, las responsabilidades estatales son dobles: si posible, erradicar los riesgos y luego compensarlos cuando aparecen. En la práctica, sin embargo, subsisten barreras hasta ahora infranqueables en la jerarquización de las políticas públicas comprometidas en alcanzarlos.

Los paradigmas de la política social han cambiado con las mudanzas de la realidad, aunque pasan casi desapercibidos sin ser objeto de mayor debate público. En los años cuarenta y cincuenta dominaba la visión de que el reparto del ingreso podría mejorarse por dos vías: una, la redistribución más o menos directa, ejemplificada claramente en la idea de la reforma agraria, los impuestos progresivos a la renta y a las herencias. La otra, a través de la ingeniería social dirigida a intensificar los procesos de desarrollo que agrandarían el pastel a distribuir.

La primer mudanza paradigmática relegó al olvido las fórmulas de manipulación directa de la distribución de la riqueza, el ingreso o el poder para

descansar medularmente en los efectos percoladores del crecimiento. La idea de hacer del desarrollo, la meta social fundamental toma carta de naturalización en las tres décadas que siguen al comienzo de los años cincuenta. Luego la crisis de los ochenta cancela el crecimiento y hace perder prelación a la política social, la fuerza a cambiar de enfoque.

De aquí nace otra adaptación paradigmática que aleja a la política social del intento de reducir directa --redistribución-- o indirectamente —vía desarrollo— la desigualdad y la centra en la tarea limitada de abatir los síntomas de la pobreza. Se busca llevar alivio a los más desprotegidos, más que corregir las fuerzas que los sumergen en esa situación. Se le confina, entonces a sólo a emprender proyectos microsociales.

Hay aquí una desarticulación medular de las políticas públicas. La cuestión es seria por dejar de lado las metas del empleo, el crecimiento y la distribución, pilares de sustentación del bienestar dentro de los países. En consecuencia, la eficiencia que se gana con la focalización de las erogaciones públicas, no basta para compensar la desocupación y las desigualdades derivadas del cuasiestancamiento estabilizador que priva en México. En esa lógica, sólo se busca atenuar los males de la pobreza y los programas se centran en torno a grupos-objetivo bien definidos, tipificados como los más necesitados.

Sin duda, enfoques, como los de Sedesol, Progres-Oportunidades o Procampo, son necesarios para focalizar la acción a los grupos donde son más agudas las necesidades o donde los riesgos del estallido social pudieran ser inminentes; y tienen la virtud adicional de ahorrar gasto público, esto es, ser funcionales a las estrategias estabilizadoras. Sin embargo, subordinan cualquier arreglo social a las exigencias de los llamados fundamentos económicos.

Junto a la focalización del gasto se ha buscado otra vía de alivio a las erogaciones gubernamentales a través del mercado. La delegación o la privatización de algunos servicios sociales sobre todo los de salud y los de educación, avanza y comienza a alcanzar niveles apreciables. Ya en 2001, el gasto privado en salud excedía al del conjunto del sector público (3.4% y 2.7% del producto, respectivamente) y otro tanto ocurre en materia educativa. Sin embargo, ello no descarga al Estado de sus responsabilidades ya que se trata de servicios de alto precio para los pequeños estratos de la población de ingresos medios altos o superiores.

En tales condiciones, a la población de ingresos bajos sólo le ha quedado como vía de escape la protección familiar. Por eso, un número creciente de mujeres se incorpora al mercado de trabajo, sobre todo al informal o de tiempo parcial, sin desatender las tareas domésticas.

En resumen, las instituciones básicas de la seguridad social (gobierno, mercado, familias) se desgastan simultáneamente sin poder descargar entre sí las responsabilidades que ya no pueden satisfacer unas u otras. Más aún las pequeñas mejoras recientes obedecen más a los sacrificios adaptativos de la población --ocupaciones múltiples, trabajo femenino, migración y remesas-- que a los efectos de las políticas públicas. La crónica crisis fiscal del Estado impide que las instituciones públicas asuman funciones sociales en escala suficiente; la prestación de servicios sociales vía el mercado, excluye al grueso de los hogares pobres; las familias y singularmente las mujeres han absorbido el costo de la transición económica, pero sus capacidades menguan ante el embate de la escasez de empleos, los bajos ingresos y los fenómenos sociodemográficos que disuelven los núcleos familiares.

Gran parte del problema deriva de la falta de la integración indispensable entre las estrategias microsociales y los enfoques macroeconómicos para atacar

con efectividad los problemas de la exclusión y la pobreza. También se ha roto el círculo virtuoso de la integración de las acciones sectoriales, expreso en la transferencia de mano de obra de las actividades de baja a las de alta productividad. Y tampoco se avanza en crear derechos exigibles judicialmente, como vía de imprimirles efectividad (en Estados Unidos 40% o 50% del gasto federal ampara derechos ciudadanos defendibles ante los tribunales). La situación descrita se traduce en crecimiento explosivo del sector informal, en miseria crónica, en el desaprovechamiento del bono demográfico, en emigración, en el empleo corruptor del narcotráfico y del crimen organizado. Queda mucho por hacer y enmendar. El reto a los legisladores, no sólo al gobierno, es enorme.